

vecina, llamó mi atención hacia dicho punto. Acerquéme á aquélla. Ocupábanla los criados y los soldados de la embajada. Parecióme que estaban comiendo y bebiendo. Percibí el olor del kif. Reconocí las voces de Selam segundo, de Abd-el-Raman, de Alí, de Hamet, de Mammu, de Civo: era aquello una pequeña orgía árabe en toda regla. ¡Pobres muchachos! Bien merecido se tenían el humilde regodeo que se daban, después de un día entero de fatiga, corriendo á pie, á caballo, de aquí para allá, á las tiendas, á la mesa, contestando á todo, sirviendo á todo el mundo, y atendiendo á cien órdenes distintas, que se les comunicaban en cien idiomas diferentes. No quise, pues, turbar su alegría, y me alejé cautelosamente.

Hasta entonces todo había ido á pedir de boca; mas estaba escrito que no había de terminar la excursión sin un accidente desagradable.

No me había apartado veinte pasos de la tienda de los soldados, cuando me sentí cogido por dos manos vigorosas que me apretaban la garganta, al paso que una voz apagada profería á mi oído una amenaza terrible. Desembaracéme como mejor pude, y al volverme, encontréme...

Con el autor de la *Expulsión del duque de Atenas*, con mi buen amigo Ussi, que envuelto como un fantasma en su luenga *chilaba* blanca, traída de Egipto, había salido de su tienda hacía un rato, para dar, lo mismo que yo, un paseo nocturno, y como tomara dirección opuesta, habíame cogido por la espalda.

En aquel instante me hallaba delante de la tienda de los pintores, que terminaba el círculo del campamento: mi viaje, ronda, excursión, ó como quiera llamarse, quedaba terminada, y penetré de nuevo en mi casita de lienzo.



La escolta al través de la bruma

## TLETA DE REISSANA

El día siguiente nos pusimos en camino antes de la salida del sol, con una niebla densísima que nos penetraba hasta la médula de los huesos, é impedía que nos distinguiéramos los unos á los otros. Los jinetes de la escolta llevaban puestos los capuchones y preparadas las espingardas: los demás nos envolvimos en las mantas y capotes, de suerte, que más bien que en el África parecía que nos encontráramos en una de las llanuras de los Países Bajos, al amanecer de uno de los días de otoño. En pos de mí sólo distinguía el turbante blanco y la capa azul del cadí: los demás semejaban sombras confusas que se perdían en la agrisada atmósfera. El sueño por un lado y por otro lo desapacible del tiempo; influían en que guardáramos silencio.

Andábamos sobre un terreno desigual, cubierto de palmitos, lentiscos, retamas, zarzales é hinojos silvestres, agrupándonos y dispersándonos continuamente, según lo exigían los accidentes del camino y las ramificaciones y enrucijadas infinitas de los senderos. El sol apareciendo un instante sobre el horizonte, iluminó breves momentos nuestro flanco izquierdo y se ocultó; mas la niebla fué disipándose y pudimos hacernos cargo del país.

Hallábase éste constituido por una serie de vallecillos cubiertos de verdura, de tan suave pendiente, que se subía y se bajaba sin notarse apenas. Las alturas estaban cubiertas de pitas y olivos silvestres. El olivo se da espontáneamente en aquella región, y crece de un modo extraordinario; pero se le deja abandonado á sí mismo, pues los habitantes prefieren comer y alumbrarse con el fruto del *argan*. Cada vez que descubríamos nuestros ojos un nuevo valle, buscábamos con afán alguna aldea, un grupo de cabañas, una tienda; mas en vano: nada se veía, y no parecía sino que andábamos á la ventura al través de una tierra virgen. De valle en valle, y de otero en otero, después de tres horas de camino monótono y solitario, llegamos á un punto en el cual los árboles más bien cuidados, los senderos más regulares y una que otra cabeza de ganado, nos anunciaron la proximidad de algún lugar habitado. Algunos de los jinetes de la escolta, metiendo espuelas á sus caballos, pasaron el uno después del otro á galope, y desaparecieron detrás de una loma: otros se lanzaron á la carrera al través de la campiña en distintas direcciones, y los restantes se formaron detrás.

Al cabo de un rato nos encontramos delante de la embocadura de un pequeño desfiladero formado por algunas colinas, sobre las cuales se distinguía una que otra cabaña de bálago.

Algunos árabes andrajosos, hombres y mujeres, nos contemplaban llenos de admiración, ocultos entre la maleza. Penetramos en el desfiladero: en aquel instante apareció el sol. En un punto determinado el desfiladero formaba un recodo casi en ángulo recto. Seguámosle... y nos encontramos en presencia de un espectáculo admirable.

Trescientos jinetes, vestidos de diferentes colores, des-



Los jinetes desparramados por la colina

parramados en admirable desorden, venían á nuestro encuentro á todo el correr de sus caballos, con la espingarda en la mano, cual si marcharan á atacar un cuerpo de tropas.

Era la escolta de la provincia de Larache, precedida del gobernador y de sus subordinados, que venía á relevar á la de Had-el-Garbia, la cual debía acompañarnos hasta el confín de la de Tánger, del cual estábamos ya muy cerca.

El gobernador de Larache, anciano respetable de luenga barba blanca, detuvo con un movimiento á sus jinetes, estrechó la mano al embajador, y después, volviéndose hacia aquella

turba que se estremecía de impaciencia, hizo una señal imperiosa que parecía decir: — ¡Desencadenaos!

Entonces comenzó uno de los más espléndidos *lab-el-barode* (correr la pólvora) que pudiéramos imaginar.

Lanzábanse á la carrera aislados, en grupos, en parejas, hasta el fondo del valle, hasta la cima de los montes, por el frente y por los flancos de la caravana, siguiendo ora la dirección del camino que llevábamos, ora marchando en dirección opuesta, disparando y gritando incesantemente. Por todas partes veíanse caballos pasando en raudo torbellino; brillaban espingardas heridas por los rayos del sol; flotaban jaiques; volaban capas; ondeaban caftanes rojos, verdes, amarillos, azules, naranjados; deslumbraban gumías y puñales. Pasaban los unos al lado de los otros como alados fantasmas, viejos, jóvenes, hombres de formas atléticas, figuras extrañas y terribles, erguidos sobre los estribos, con la cabeza levantada, el pelo suelto, la espingarda extendida, y cada uno al dispararla, lanzaba un grito salvaje que los intérpretes nos traducían: — ¡Ay de tí! — ¡Madre mía! — ¡En nombre de Dios! — ¡Te mato! — ¡Muerto eres! — ¡Me he vengado! — Otros dedicaban su golpe á alguno, diciendo por ejemplo: — ¡Á mi dueño! — ¡Á mi caballo! — ¡Á los que maté! — ¡Á mi amada! — Disparaban al aire, contra el suelo, hacia atrás, inclinándose y revolviéndose cual si formaran con la silla una sola pieza. Si se le caía á alguno el jaique ó el turbante, retrocedía á escape y cogíalo al pasar con el extremo de su espingarda. Algunos hacían girar el arma por encima de sus cabezas, y después la lanzaban al aire y la recogían al caer. Era aquello una mezcla confusa de movimientos convulsivos, aposturas temerarias, miradas y gritos de gente ebria que arriesgaba la vida con júbilo indecible. Muchos lanzaban el

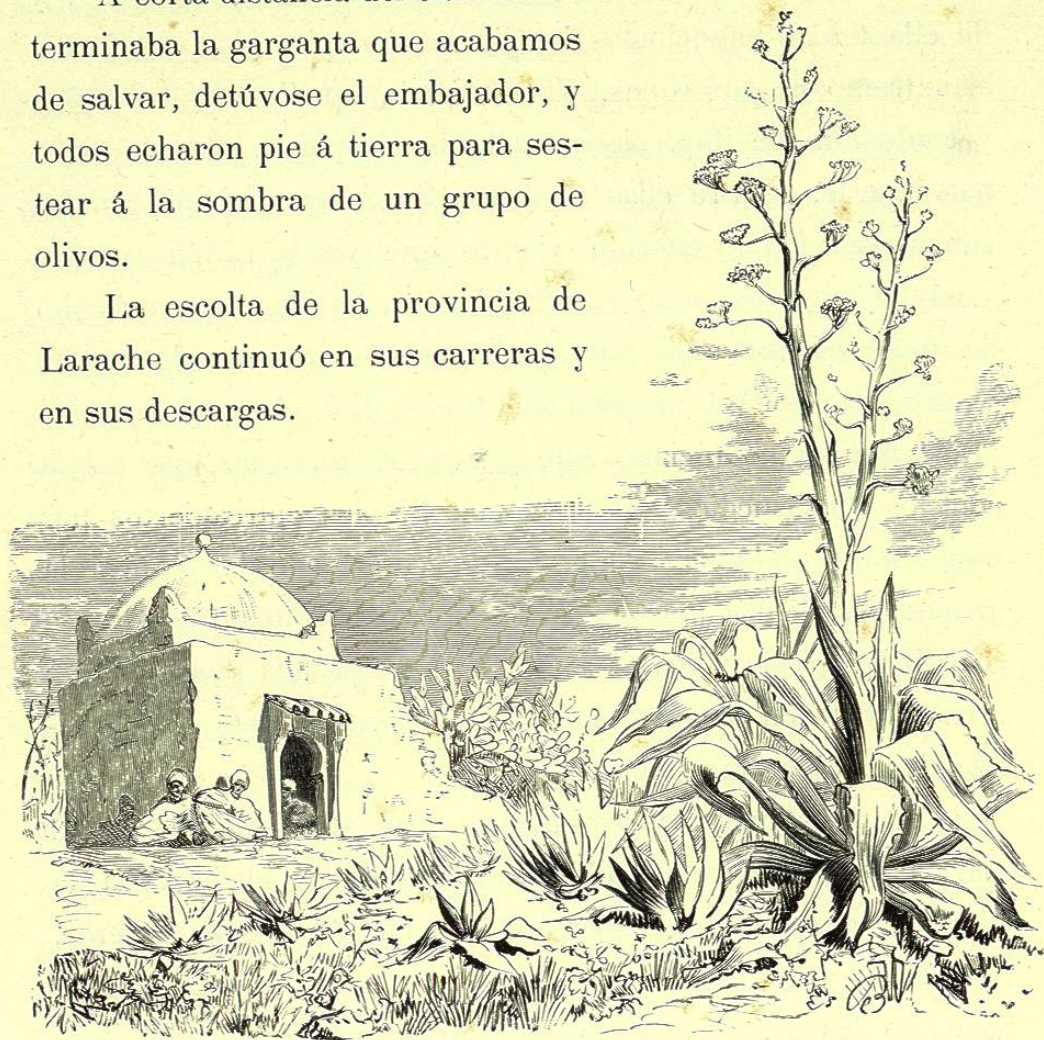
caballo cual si quisieran matarse: volaban, desaparecían, y sólo regresaban al cabo de cierto espacio, pálidos y demudados, como si realmente hubiesen visto cerca de sí la cara á la muerte. Los más de los caballos chorreaban sangre, y de ella tenían manchados los jinetes los pies, los estribos y el extremo de sus capas. En medio de aquella muchedumbre y confusión me impresionaron desde el primer instante algunas figuras, y entre ellas un joven de cabeza ciclópea, anchísimas espaldas y enorme vientre que vestía caftán rosado, y cuyos gritos parecían rugidos de león herido; un muchacho de unos quince años, arrogante, sin capa, completamente blanco, que pasó á mi lado tres veces, diciendo: — ¡Dios mío! ¡Dios mío! — un anciano, alto y flaco, de torva faz, que corría con los ojos medio cerrados, y los labios entreabiertos por una sonrisa satánica, cual si hubiese llevado la peste á la grupa; un negro todo ojos y dientes con una monstruosa cicatriz que le cruzaba el rostro, el cual pasaba revolviéndose furiosamente en la silla, como si quisiera librarse de la presión de una mano invisible.

Con tales juegos y evoluciones iban acompañando en su marcha á la caravana, subiendo á los oteros, bajando á la llanura, agrupándose, dispersándose, formándose en hileras, rompiendo con indecible rapidez el orden de formación, deshaciendo las ingeniosas combinaciones de colores que deslumbraban la vista, como pudiera hacerlo el simultáneo ondear de una infinidad de banderolas. Toda esa gente, ese vertiginoso movimiento, este estrépito, produciéndose inesperadamente al punto que apareció el sol, en medio de aquella cañada en la cual tenía efecto todo el espectáculo, cual si se realizara en el interior de un anfiteatro, nos sorprendió hasta tal punto, que durante buena pieza perma-

necimos sin saber lo que nos pasaba, mudos, extáticos: y cuando abrimos la boca, fué para exclamar unánimes y entusiasmados: — ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Magnífico!

Á corta distancia del sitio donde terminaba la garganta que acabamos de salvar, detúvose el embajador, y todos echaron pie á tierra para ses-tear á la sombra de un grupo de olivos.

La escolta de la provincia de Larache continuó en sus carreras y en sus descargas.

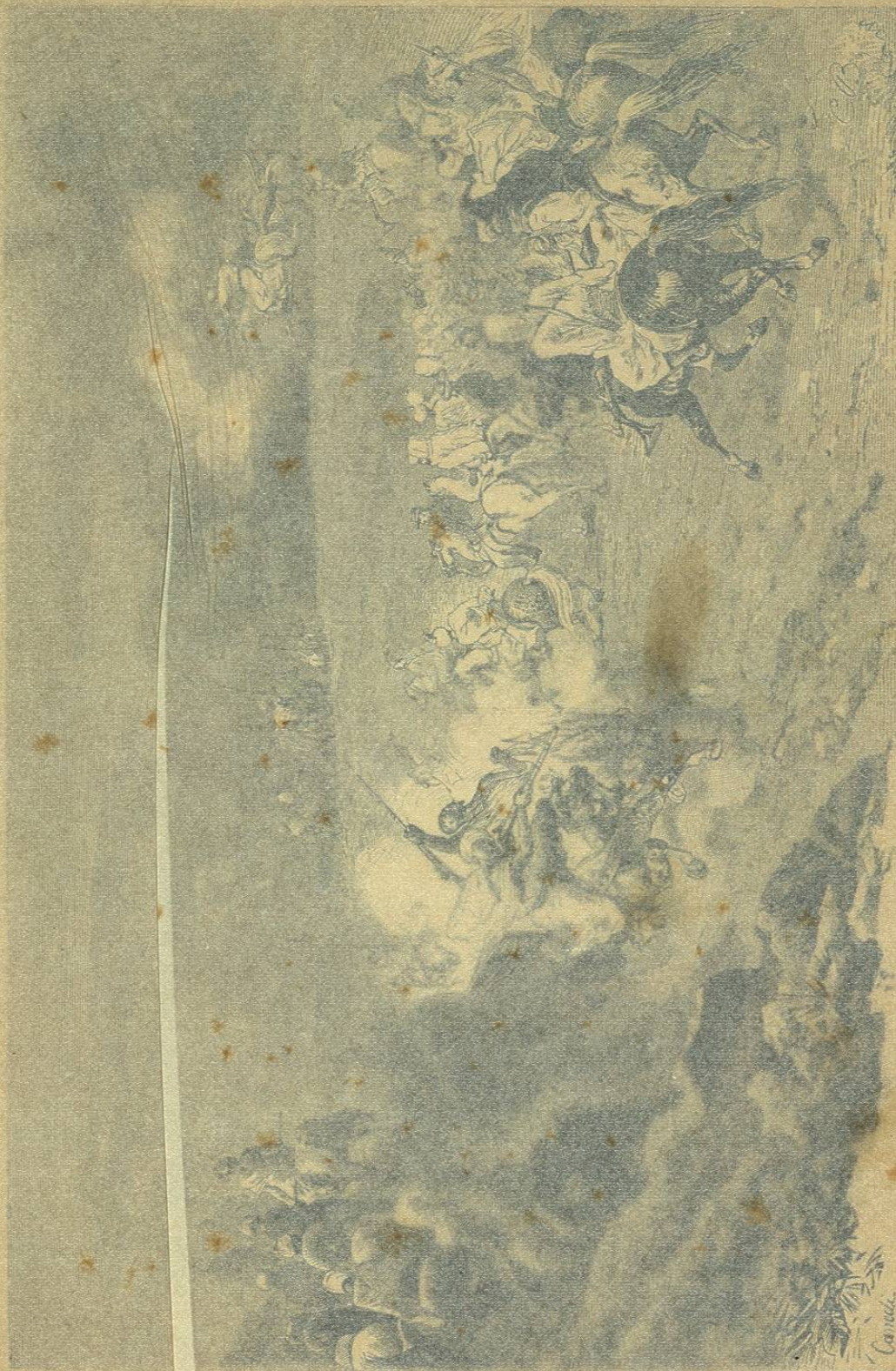


La casba de Sidi-Liamani

El convoy del bagaje prosiguió el camino hacia el lugar en que debía establecerse el campamento aquella noche.

Habíamos llegado á la casba de Sidi-Liamani.

Llábase casba en Marruecos, que quiere decir cúpula, á un pequeño edificio cuadrado, cubierto por una cúpula semi-



Lab-el-bayle ó la fiesta de la pólvora

Ca. n. d.  
Marruecos

necimos sin saber lo que nos pasaba, mudos, extáticos: y cuando abrimos la boca, fué para exclamar unánimes y entusiasmados: — ¡Magnífico! ¡Magnífico! ¡Magnífico!

A corta distancia del sitio donde terminaba la garganta que acabamos de salvar, detúvose el embajador, y todos echaron pie á tierra para ses-tear á la sombra de un grupo de olivos.

La escolta de la provincia de Larache continuó en sus carreras y en sus descargas.



La casba de Sidi-Liamani

El convoy del bagaje prosiguió el camino hacia el lugar en que debía establecerse el campamento aquella noche.

Habíamos llegado á la casba de Sidi-Liamani.

Llámanse casba en Marruecos, que quiere decir cúpula, á un pequeño edificio cuadrado, cubierto por una cúpula semi-



Lab-el-barode ó la fiesta de la pólvora

Caric.  
Marruecos.